

Prólogo: *non sufficit orbis*

¿Quién no recuerda la desesperación (real o supuesta) de Felipe II firmando libranzas para levantar las primitivas fortalezas de las Indias, y extrañándose que con tal costo no pudiera ver desde El Escorial sus murallas? Tratándose de magnificar, es la misma senda, pero invirtiendo los sentimientos, que sigue este libro. El Imperio español, acechado por ingleses, franceses y demás enemigos, supo forjar llaves entonces poderosas, hoy atractivas. Hay que celebrar, más allá de las ideologías y sacrificios que eso implica, los vestigios que nos ha legado el pasado, aunque sean imperiales. Después de Felipe II, parafraseemos a James Agee y Walker Evans: «Let us now praise famous monuments».¹

Esa «idea de imperio» que se concretó en Granada (1492), pasó por Canarias y se experimentó después en el Caribe, se irá expandiendo por los amplios espacios. Ya sabemos que el sol nunca se ponía sobre las posesiones de la monarquía, lo mismo que la misa se celebraba las 24 horas en el orbe ibérico, después de 1565 –conquista de Filipinas– y 1580 –Unión de las dos Coronas–. En 1586, Francis Drake penetró en el llamado alcázar de Colón, residencia del gobernador en Santo Domingo, vio pintado en la pared un escudo de armas ciertamente extraño para él: los dos cuarteles inferiores amalgamaban un caballo, un globo terráqueo, un león rampante, dos águilas. Todo tomaba sentido con el lema que lo acompañaba: *non sufficit orbis* («el mundo no basta»). Globo, corcel y lema también se encuentran en el anverso de una medalla, con la figura del rey en la otra cara, y tiene por fecha 1580.²

¹ James Agee y Walker Evans, *Let Us Now Praise Famous Men* (New York: Ballantine Books, [1939] 1966).

² El conjunto fue reproducido en Geoffrey Parker, *La gran estrategia de Felipe II* (Madrid: Alianza Editorial, 1998), 37.

El mismo alcázar nos permite enlazar las dos orillas del Atlántico. Construido entre 1511 y 1514, es un palacio-fortaleza de estilo gótico tardío, con algunos rasgos ya renacentistas. Tuvo como modelo el castillo de Mancera de Abajo (provincia de Salamanca), hoy en ruinas, cuyo señor fue suegro de Diego Colón. El alcázar del Caribe tiene dos sólidas torres cuadradas que contrastan con la parte central, un doble juego de cinco arcadas sobre dos pisos, formando pórtico y logia. Cortés conoció dicho palacio, transfirió su fachada a su palacio de Cuernavaca, capital de sus estados en Nueva España, con únicamente tres arcos, pero más alargados, dando más ligereza al conjunto. El de Cuernavaca, en pleno continente, es una cita arquitectónica muy cercana al de Santo Domingo, aunque algo más sonriente. Lo que intenta también afirmar una media torre redonda en una de las esquinas, rompiendo con el rigor cuadrado. Parece que el alcázar colombino ofrece aún más distancia en cuanto al original castellano, muy austero. Pero tenemos pocos elementos concretos que hacer valer en el último caso, pues la galería central de columnas ha desaparecido en el castillo castellano. El Nuevo Mundo ofrecía, a través de su puerta caribeña, nuevas esperanzas a un universo de conquistadores y demás pobladores españoles. Es por eso también que permanece cierta fortaleza en el diseño arquitectónico: el alcázar de Santo Domingo es la primera residencia virreinal americana, el de Cuernavaca es una de las cabezas de un mundo donde millones de indios están sometidos a unos pocos españoles.

Entonces, ¿es el Caribe un simple espacio de «aclimatación»? Todo es más complejo: esos nuevos mundos son un *patchwork* con elementos y tonalidades discordes, hasta contradictorios. Regresemos a nuestros dos palacios. Uno entre tierra y mar, con materiales coralinos, claros, rosados; el otro entre valles y volcanes, con piedra tezontle, cobriza.

Si nos limitamos al Caribe, hay espacios anfibios, donde cielo, tierra, mar, africanos, españoles, indios conviven: es un *middle ground*³ aún más dislocado, fragmentado, inesperado. ¿Queremos una demostración? Regresemos unos cinco siglos atrás, en un islote bordeando la costa de Nueva España, que los españoles llamarán San Juan de Ulúa. Empecemos diciendo que hoy el cambio es tal (sedimentos, erosión, tempestades, actividad humana), que solo podemos restituir esa geografía de antaño con la imaginación. Es entonces un mundo movedizo, incierto de menos de un kilómetro cuadrado, parcialmente cubierto por el mar en sus mareas más impresionantes. Y, sin embargo, en ese

³ Richard White, *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815* (Cambridge: Cambridge University Press, 1991).

esbozo de potencialidades y de fallos, «de muy malo que era» según el virrey Mendoza que lo visitó en 1535,⁴ se dará vida a la principal llave entre los dos mundos: primero una torre, después una cortina (muralla) y unas «29 argollas de bronce, en los cuales meten los marineros los cables de sus navíos [...] que de uno en uno se puede saltar en todos».⁵ Instalación rudimentaria, que sin embargo fue una de las articulaciones de la primera globalización, duradera. Esto también era el Caribe: más allá de la experimentación, quedan la supervivencia y el acomodo.

Y si no, que se pregunte a los habitantes de ese reducto. Varios centenares de ellos, sobre todo esclavos negros, vivían sobre dicho islote, alrededor de una iglesia rodeada de cabañas de tablas, en un terreno mal definido sobre todo hacia el norte.⁶ Lo cual puede servir también de lección: si en algunos casos los cimientos de oro y plata para las fortificaciones son necesarios, siguiendo las quejas de Felipe II (La Habana, Cartagena); en otras partes el mar bravo es por sí solo una garantía de seguridad, como en San Juan de Ulúa. Por lo menos contra los humanos, no contra los elementos. Entre el 2 y el 4 de septiembre de 1552 la isla sufrió un tremendo huracán: por el norte, precisamente, entraron vientos y olas, se destruyeron las frágiles habitaciones, parte de las fortificaciones y demás albarradas, se fueron a pique algunas embarcaciones, hubo numerosas muertes.⁷

«Un mar de encuentros», dice el título del libro. Por supuesto, pero añadiremos también de desencuentros, donde los elementos, imperios, flujos, simples humanos, cada uno aporta sus piedras a un edificio en perpetua construcción: el Caribe, a lo largo del xvi, es un mundo inestable y frágil. Pero por eso aprendió, antes que otros, lo que podía ser la resiliencia. Y si se fue fortaleciendo en los siglos siguientes –el Morro de La Habana es hoy un testimonio de permanencia–, fue el resultado de la herencia del siglo xvi.

Sin mayor cuidado hemos escrito «huracán». No pasa un día sin que escuchemos esa palabra, y muchas otras, como maíz, papaya, maguey, maní. Y si salimos de las plantas, encontraremos entre la fauna, caimán, iguana, tiburón. En lo material: barbacoa, hamaca y canoa, uno de los primeros vocablos taí-

⁴ Citado en José Antonio Calderón Quijano, *Fortificaciones en Nueva España* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984), 6.

⁵ Según un testimonio de finales del siglo xvi (Miguel de Jaque de los Ríos de Manzanedo), citado en Thomas Calvo, *Espadas y plumas en la Monarquía hispana. Alonso de Contreras y otras vidas de soldados (1600-1650)*(Madrid: Casa de Velázquez, 2019), 206-207.

⁶ Calvo, *Espadas y plumas*, 209.

⁷ Calderón Quijano, *Fortificaciones en Nueva España*, 7-8.

nos introducidos al español.⁸ Casi todos han dado la vuelta al mundo, y muy tempranamente: cacique se encuentra, antes de finalizar el siglo XVI, en todo el Imperio hispánico, hasta Filipinas y Chile; hoy en día, el francés le da el mismo lugar que el español de la península ibérica.

El libro aquí presente es un llamado al reconocimiento y la originalidad polifacética de un patrimonio, es decir, de una memoria material e inmaterial. En aras de dicha peculiaridad hacemos también una sugerencia: hay en esta área un patrimonio lingüístico, testimonio de unas pocas décadas transcurridas hace ya cinco siglos, en medio de una tragedia humana, antes que esas poblaciones indígenas se derritieran como nieve de primavera. Muchas interrogaciones se han hecho alrededor de tales circunstancias; más que las respuestas, son ellas las que nos interesan: así quedamos en ese universo en movimiento, entre vientos, mareas y tierras del Caribe.

Con esto daremos apertura a este libro. A través del alcázar de Colón, desde las argollas de San Juan de Ulúa, con la supervivencia de términos taínos, queremos recordar que siempre hay provecho al escarbar entre los vestigios –las huellas– que nos ha dejado el pasado. Celebremos las propuestas, novedosas, inesperadas que se nos hacen, de capítulo en capítulo, en esta obra.

Thomas Calvo
CONACYT-El Colegio de Michoacán

⁸ «Canoa, nave de un madero», escribe Antonio de Nebrija, *Vocabulario español-latino* (Salamanca, 1495), 38.